



1

Por los senderos de la despoblación rural: notas desde la diversidad social⁽¹⁾

Luis Camarero Rioja

Departamento de Teoría, Metodología y Cambio Social. UNED
lcamarero@poli.uned.es

Fecha de recepción: 01/09/17
Fecha de aceptación: 28/09/17

Sumario

1. ¿De dónde han salido los pueblos?
2. ¿Qué fue de la agricultura, y de sus gentes?
3. ¿Quiénes se han quedado?
4. Un mundo de baja densidad.
5. Los desequilibrios del despoblamiento.
6. Pero... ¿viene alguien?
7. Ideas para un debate.
8. Bibliografía.

RESUMEN

Se aborda la despoblación del medio rural en el marco del proceso global de cambio social y cultural que genera una «ruralidad híbrida». La desagrarización —deslocalización de la producción y los productores agrarios—, la elevada movilidad y diversidad social, así como los fuertes desequilibrios en la estructura demográfica que alteran la continuidad de la red de cuidados conforman el escenario rural en el que debe interpretarse la despoblación. Más allá de la pérdida poblacional debe comprenderse en términos de equilibrio y mantenimiento de la diversidad.

Se parte de la configuración histórica del territorio que ha generado un modelo de poblamiento para España de baja densidad, modelo que hay que comprender en términos de equilibrio social y territorial. Desde esa perspectiva se destaca el mapa local actual como fortaleza del sistema de hábitat. Sistema que permite formas participativas de gobernanza del territorio y que mantiene habitadas algunas de las más remotas áreas rurales.

(1) El presente texto es una adaptación de la conferencia impartida en la jornada de Ciencia y Desarrollo Rural: desafíos demográficos claves para el desarrollo (FUNDECYT-PCTEx, Plasencia, 10 de julio de 2017). En el texto se incluyen resultados de algunos trabajos anteriores realizados en el contexto de *Iso-Rural: Red de Investigaciones Territoriales y Desarrollo Rural* (CS02016-581721-REDT), referenciados al final del texto así como extractos del preanálisis procedente del Trabajo de Campo del proyecto de I+D+i: *Crisis e Inmigración en el Medio Rural de Castilla y León: Escenarios Socio-territoriales para el Arraigo de los Inmigrantes y la Sostenibilidad Social de las Áreas Rurales* (CS02015-67525-R), coordinado por la profesora Rosario Sampedro, de la Universidad de Valladolid.



El texto plantea la necesidad de que los costes del modelo de baja densidad no recaigan exclusivamente en los habitantes del medio rural, que ya hacen una fuerte contribución a la calidad de vida general. Eso significa facilitar la movilidad, potenciar el desarrollo de trayectorias vitales y profesionales, apoyar el acceso a la vivienda, así como a los servicios y equipamientos para la igualdad de oportunidades y la atención a personas dependientes que faciliten la conciliación. Se trata de evitar los factores que extremen las desigualdades —sobre todo por razón de género y edad— en el medio rural. La apuesta tecnológica puede ayudar con un enfoque adecuado.

Palabras clave

Medio rural, baja densidad, desafíos demográficos, generación soporte, gobernanza local.

ABSTRACT

The article refers the rural depopulation issue in the context of global social change and cultural turn that define a hybrid rurality. Deagrarization, high mobility, social diversity and strong imbalance in demographic structure determine the scenery in which depopulation should be interpreted. In this sense, depopulation is not a simply population decreasing, it is related with the loss of social diversity and demographic population disequilibrium.

The text analyzes the traditional pattern of low density settlement that historically has characterized the Spanish territory. We analyze their strength to provide a participatory model of territorial governance. The pattern of low density settlement is a key support to supply the quality life of the general population. The article put in value the low-density population distribution model and express the idea that costs of rural life cannot afford exclusively by rural inhabitants because their contribution of general wellness is crucial to reach the welfare model of life. Depopulation policies should try to promote mobility, opportunities to develop own vital trajectories, access to housing and to social and community services to reinforce equality of opportunities by gender and generation.

Keywords

Rural areas, low density, demographic challenges, supporting generation, local governance.

La despoblación se ha instalado en la agenda política⁽²⁾. Es hoy tema de tertulia y de preocupación. Resulta una cuestión viral y produce la sensación de que hemos llegado en el último minuto para tomar soluciones, justo antes del colapso y con el tiempo contado para intentar una cirugía reparadora. Sin embargo, el problema es tan antiguo como intenso. No estamos ante una nueva enfermedad, sino ante un achaque crónico que afecta a todo un país. El despoblamiento es secular y su despertar actual no es sino el eco de una crónica que ya había sido anunciada.

Durante el siglo XIX el despoblamiento se refería a la emigración hacia tierras de América. En los años de la Restauración la tierra, o la mala distribución de la misma, no dejaba espacio para el crecimiento demográfico, había muchas bocas para pocos frutos. América fue la espita que permitió el desahogo de un campo pobre, así como un soporte para mantener la frágil paz social del momento. Pero hoy nuestro vaciamiento rural es otro. La despoblación ahora se refiere a la concentración de la población en ciudades. Nuestro modelo socioeconómico dominante es urbano: vivimos en áreas metropolitanas dentro del espacio global en el que nos encontramos.

A veces, como sucede en las grandes cuestiones, nos vence el sentimiento y lloramos una vida perdida, aquella que componían las familias de la tierra, pioneros de la vida, que habitaban un imaginado edén ahora perdido.

Pero más allá del mundo idealmente romántico que nos hubiera gustado visitar, aunque no sé si ciertamente vivir, la realidad del funcionamiento de nuestras sociedades poco tiene que ver con aquella diferencia extrema entre mundos que recoge la célebre fábula de Esopo *Ratón de campo y ratón de ciudad*. Una historia con tres milenios de vida que retrata una ciudad ostentosa y peligrosa frente a un campo sencillo y saludable, supuestamente resistente a las plagas de gatos, plagas que hay quien hoy las ha visto en las burbujas de la financiarización. La fábula nos anima a seguir pensando en los pueblos como refugio ante las crisis como la que ahora queremos olvidar. Seguimos explicando el mundo rural desde imaginarios trasnochados.

El despoblamiento es una realidad larga y cambiante. La despoblación rural es resultado de múltiples avatares, de procesos largos y de lógicas globales. La despoblación no es sino una etiqueta con fuerte popularidad pero simpli-

(2) La cuestión tiene su origen en el ámbito autonómico de las Comunidades de Castilla y León —*Agenda para la Población de Castilla y León 2010-2020*, Junta de Castilla y León— y Aragón —*Directriz Especial de Política Demográfica y contra la Despoblación*, Gobierno de Aragón—. El despoblamiento que venía siendo objeto de preocupación preferente en estas Comunidades ha traspasado el ámbito territorial del norte-interior para instalarse como cuestión de Estado. La constitución en el Senado (X Legislatura) de la *Ponencia de Estudio para la Adopción de Medidas en relación con la despoblación rural en España* (Senado, 2015), y la creación de la *Comisión de Despoblación en la FEMP*, y la puesta en marcha del *Comisionado de Gobierno frente al Reto Demográfico* señalan un giro en el abordaje del tema.



ficadora en exceso de los procesos de cambio social que afectan a las áreas rurales en particular y a las sociedades del occidente global en general.

Así que, antes de hablar de despoblación, tal vez debiéramos realizar una primera pregunta de situación: ¿de dónde han salido los pueblos? Los pueblos se vacían, pero: ¿por qué están ahí?

1 ¿DE DÓNDE HAN SALIDO LOS PUEBLOS?

El hábitat, la estructura de asentamientos y pueblos que modelan nuestra geografía no es moderna. Vivimos en un territorio que se ha venido conformando en el tiempo de la historia y que en el caso de las áreas rurales responde a formas sociales adaptativas al entorno territorial. Si recorremos la *España Vacía*, esa sugerente metonimia con la que denomina Sergio del Molino (2016) a «la piel de toro», encontramos durante ese viaje asentamientos muy pequeños, minúsculos grupos de casas en el sureste donde la escasez de agua ha conformado aldeas-oasis. Si tomamos la dirección contraria, según nos adentramos por el noroeste, contemplaremos casas, aldeas y caseríos dispersos, conformando una fina red por todos esos valles cuya orografía solo permitía aprovechamientos ganaderos extensivos. Mientras hacemos kilómetros por el interior atravesando el *campus spartarius* del que hablaba Estrabón con esa sensación de que faltan pueblos que refiere Giles Tremlett (2007), nos adentraremos por la tierra salpicada de poblachones en lontananza, por esas tierras difíciles en las que repartos muy desiguales de la tierra impedían la redistribución de la población por el territorio.

Los modelos de asentamiento y de ocupación del espacio en los que moramos son pueblos hechos en otra época pero que hoy, en el siglo XXI, subsisten. Oncala en Soria, villa de rabadanes, mayoresales y propietarios de la merina trashumante —el oro de Castilla—, sigue abierto aunque ya no queden ni pastores, ni rehalas, las merinas pueblen la Patagonia y el continente Austral, y la trashumancia sea, a medida que nos alejamos del siglo XVIII, una cultura cada vez más testimonial. Es importante tener claro este hecho. Nuestro hábitat nació y creció con otros propósitos, estaba pensado para otras formas de vida. El poblamiento ha sido un largo proceso de modelaje, una cuidada construcción de lugares y de instituciones sociales para adaptarnos al medio. Ahora seguimos habitando los pueblos, pero ya no como forma de supervivencia, sino aprovechando otras oportunidades del modelo antes edificado. Oncala sigue abierto por la importancia que tiene la segunda residencia. Hemos construido un territorio de asentamientos con un fin, y ahora reconvertimos los pueblos a otras formas líquidas de vida (Bauman, 2006) caracterizadas por el cambio

incesante y concatenado de situaciones y proyectos vitales. En cierta medida el territorio colonizado para la subsistencia es hoy recurso para el cambio cultural que experimentan nuestras sociedades.

Si analizamos el despoblamiento con la ayuda de un mapa descubriremos que hay un corrimiento de población desde los núcleos rurales, pero no necesariamente hacia los centros metropolitanos, sino fundamentalmente, de forma creciente y espectacular, hacia las costas peninsulares —*Castilla hacia la mar*, decía Machado⁽³⁾—. Con la excepción de Madrid, España podría representarse como una ciudad litoral lineal. Vivimos y hacemos que cada vez más transcurran nuestras vidas cerca del mar. En nuestro despegue de formas de subsistencia dependientes del medio hemos ido eligiendo otras formas de ubicación espacial, aunque amparadas y soportadas por las redes y estructuras de poblamiento de otras épocas.

2 ¿QUÉ FUE DE LA AGRICULTURA Y DE SUS GENTES?

Para contextualizar el despoblamiento hay otra cuestión sobre la que quiero llamar la atención. El despoblamiento ha sido paralelo al proceso de desagrarización. Los pueblos no solo han reducido su volumen y tamaño demográfico, sino que también han dejado de ser ganaderos y agrícolas. La centralidad que tenía la vida agraria, que imponía incluso los ritmos locales, los calendarios y hasta los propios estilos de vida se ha disuelto. Esta constatación solemos referirla diciendo que hemos abandonado la agricultura, que nos hemos ido del campo.

Sin embargo, un análisis más reposado de lo acontecido nos lleva a otras versiones. La idea opuesta también es factible. Podemos considerar que ha sido al revés, que ha sido la agricultura quien ha dado la espalda al campo. Ya no hay agricultores en los pueblos, pero no por ello ha desaparecido la producción agraria. Mientras se producía el éxodo rural las producciones agrarias crecían de forma exponencial. Lo llamaron ajuste estructural, que no era sino otra forma de decir que sobraban brazos en la hoz y hacían falta para el martillo (Vid. Camarero 2017). En nuestros estudios hemos encontrado que incluso hay un desplazamiento de agricultores desde los hábitats de menor tamaño hacia los núcleos mayores, hasta el punto en el que cada vez residen más los agricultores en las ciudades.

Hemos industrializado hasta niveles impensables la agricultura. La hemos incluso despegado del territorio. Si afirmamos que producimos casi cualquier

(3) Poema: *A Orillas del Duero*, en *Campos de Castilla*, 1910.



cosa en cualquier lugar es una exageración, pero lo cierto es que cada vez el sistema agroalimentario se aproxima más a esa hipotética situación.

Es de sobra conocida la reconversión industrial de la década de los 70 que transformó el paisaje de muchas ciudades (Bilbao, Vigo, Sagunto...). Como sociedad urbanocéntrica hemos destacado los cambios urbanos y relegado los cambios rurales. Pero aunque poco conocida también ha existido una reconversión agraria. Una reconversión que ha sido más pausada en el tiempo y más invisible, pero no por ello ha sido una «reconversión *light*». Durante la segunda mitad del siglo XX la ganadería de leche, aves y porcino se ha establecido y progresivamente concentrado, especialmente en periferias urbanas y polígonos, en los que la entrada y salida de *inputs* y consumo energético pueden hacerse a gran escala.

Las cuotas lácteas, fruto de la PAC, han mantenido un relativo reparto regional de las explotaciones ganaderas por el territorio. Sin embargo hoy, tres años después de la supresión de dichas cuotas, asistimos a un movimiento de concentración de explotaciones cerca de vías de comunicación (véase Maté 2016), así como a la aparición de explotaciones gigantes que se acercan a las 20.000 vacas⁽⁴⁾, situación inaudita dentro de una ganadería cuya vocación fuera de servicio al territorio.

Síntoma de la reconversión agraria y de su retirada del territorio es la incorporación de los productos a cadenas alimentarias cada vez más largas que aumentan la distancia entre productores y consumidores (Bonanno, et al. 1994 y Belo Morerira, 2011). Un ejemplo nos sitúa rápidamente. La leche cruda recién ordeñada, memoria de la vida en un pueblo, y también de las ciudades con sus vaquerías sitas en bajos comerciales durante la primera parte del siglo XX, ha desaparecido de nuestra alimentación. Hoy, la leche, inmediatamente después de ser obtenida, se refrigera y se transforma. Se separa el suero de la lactosa, se hace polvo, se transporta, se almacena de forma que, una vez eliminada su flora, sea producto imperecedero. Así luego puede hidratarse en quesos de microfiltrado que comeremos con la etiqueta de fresco y transformarse en otros cientos de sólidos lácteos presentes en la composición de infinitud de productos alimentarios envasados que nutren esos homogéneos expositores que denominamos lineales.

La agricultura ha ido abandonando el policultivo y ha generado enclaves de fuerte productividad especialmente concentrados en el litoral mediterráneo.

(4) Se trata de un proyecto de la Cooperativa Navarra Valle de Odieta. Resulta de interés que haya sido especialmente la prensa gallega quien se ha hecho eco con mayor profusión de la gestación de esta macroexplotación, señalando el peligro que supone un proyecto de Soria para Galicia. Véase La voz de Galicia (29 de enero de 2017): Soria prepara el terreno para la mayor granja láctea de Europa: 20.000 vacas. http://www.lavozdeg Galicia.es/noticia/economia/2017/01/29/soria-prepara-terreno-mayor-granja-lactea-europa-20000-vacas/0003_201701G29P31991.htm



Agua, fitosanitarios, condiciones controladas y mano de obra barata y recién llegada conforman el éxito de la agricultura de exportación (Castro, Gadea y Pedreño, 2014). Frente a esta industria alimentaria corporativa la agricultura familiar ha ido en declive, poco más de 50.000 hogares tienen al menos dos personas que estén dedicados a la explotación (Camarero, 2014). Otros modelos como agricultura por convenio y por empresas de servicios han configurado la alfombra cerealícola y forrajera del interior. Una agricultura que conforma un paisaje, pero alejada de los modelos familiares (Camarero, 2017).

3 ¿QUIÉNES SE HAN QUEDADO?

Llegados a este punto nos encontramos con una estructura de asentamientos pensados para otra época y unas actividades que han huido de los pueblos y lo han hecho especialmente de los pueblos del interior. Desde esta constatación podemos cambiar la pregunta. Debemos olvidar la letanía de por qué se fueron, —pregunta que orienta por regla general las políticas anti-despoblación—, y preguntarnos sin embargo ¿por qué se han quedado? Ciertamente para abordar el despoblamiento no se trata, como si pudiéramos rebobinar el pasado, de reconstruir las condiciones iniciales, que es la respuesta que encontraríamos mediante el porqué se fueron y sobre la que ya no podríamos actuar. Por el contrario, tenemos que rebuscar y destacar el carácter y capacidad de innovación social de quienes en condiciones hostiles siguen aquí en el otro lado residiendo.

Llegamos así a una segunda pregunta, diferente a la habitual. No se trata de saber quién se va, sino quién se queda. ¿Por qué sigue habiendo pueblos? ¿Por qué sigue viviendo gente en los pueblos? Como bien decía Luis Wirth (1938) en su célebre artículo *El urbanismo como estilo de vida*, los censos de población preguntan dónde hemos pasado la noche, y en sus resultados muestran las ciudades dormitorio llenas y los centros urbanos de oficinas y negocios vacíos. Si la pregunta fuera dónde estamos al medio día, en la hora del ángelus, el mapa demográfico de España resultaría muy distinto: los centros urbanos aparecerían atiborrados mientras que las periferias y los arrabales se encontrarían vacíos. Pero si hacemos el censo, no el tradicional día de nochevieja como se hacía antes, sino en pleno *Ferragosto*, en el puente festivo que celebra a mediados de agosto la Virgen de la Asunción, entonces los pueblos estarían llenos. Veríamos cómo multiplican por 3, por 4, por 5 o incluso más la población residente durante el invierno, mientras que los centros urbanos aparecerían inusualmente vacíos.

Una característica de nuestras sociedades es la movilidad. El profesor Mazariegos (1991) hablaba de sociedad itinerante para mostrar la mudanza del desanclaje de las estructuras territoriales. Quienes viven en los pueblos probablemente tra-



bajen o estudien en las ciudades, hay además veraneantes, segundos residentes, visitantes estacionales, inmigrantes, jóvenes birresidentes que entre semana están en la ciudad estudiando u ocupados precarios que residen en piso compartido y que los fines de semana vuelven al campo a la casa familiar, o al revés, también hay profesionales urbanos pero que son rurales de fin de semana... Agricultores que viven en la ciudad y trabajan en el campo... O ancianos rurales que visitan durante la «temporada de médicos» a los hijos en las ciudades... Pero entonces, ¿hay alguien permanentemente? ¿Hay alguien que sea rural y viva como rural? La respuesta es que la ruralidad hoy es una ruralidad que solo puede ser explicada por una alta movilidad (Camarero y Oliva, 2016a y 20016b). Alguien dijo que en cuanto llegaba una carretera era una invitación al despoblamiento. Hoy podemos interpretarlo exactamente al contrario: las carreteras garantizan la permanencia. Se despuebla antes lo aislado que lo comunicado.

La diversidad es hoy seña de identidad de las áreas rurales. Como ha señalado Williams (2009), cada vez más encontramos personas inesperadas en lugares impensables. Así, el cabrero, oficio folk y tradicional, tal vez sea rumano, o el panadero que vuelve a abrir el horno cerrado hace décadas haya sido informático en una multinacional. La agricultura ya no marca los cánones de la vida local, las formas de vida y de desarrollo son hoy muy distintas. Nuevos y viejos residentes, inmigrantes, extranjeros, emprendedores, retirados, conforman un *melting pot* que contrasta con el mundo rural uniforme del siglo pasado, sepia en la foto del recuerdo pero también en sus condiciones de vida.

4 UN MUNDO DE BAJA DENSIDAD

¿Cuál es la gravedad del despoblamiento? En España se ha perdido un 40% de la población rural durante la segunda mitad del siglo XX. Tenemos una densidad comparativamente con Europa muy baja⁽⁵⁾ (18 habitantes por km²), inferior a 25, pero similar a otras regiones del mediterráneo como Grecia, Rumanía o Bulgaria, además del norte circumpolar y Escocia. Nuestro paisaje no es el del continuo de casas, edificios y fábricas que encontramos cuando recorremos el centro de Europa. Nuestro modelo tradicional de poblamiento es otro. Somos un territorio de baja densidad⁽⁶⁾. El despoblamiento no es una cuestión de número, sino de equilibrios.

(5) La Délégation à l'aménagement du territoire et à l'action régionale. DATAR (1981) que es la agencia interministerial con autoridad para la ordenación del territorio en Francia considera las densidades demográficas inferiores a 25 hab/km² como baja densidad.

(6) Hay un reconocimiento histórico de nuestra baja densidad. Resulta altamente sintomático que Fermín Caballero (1864) en su célebre ensayo «Fomento de la Población Rural de España» que recibió el premio de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, no hablaba de despoblación, sino de falta de pueblos. Su empeño era hacer aún más pueblos en su España vacía.

Hagamos un sencillo experimento y supongamos que no hay despoblamiento. Somos unos 46,6 millones de habitantes y más de 8.000 municipios, un simple cálculo señala que deberíamos vivir en pueblos de 5.800 habitantes. Cifra que se aproxima al tamaño de las pequeñas cabeceras comarcales. España es un país de baja densidad. Estamos lejos de las densidades centroeuropeas. Alemania, Reino Unido o Italia tienen una densidad que es el doble, y Bélgica u Holanda más del cuádruple que nosotros. La densidad demográfica condiciona los modelos de desarrollo, una densidad demográfica menor es compatible con la conservación y protección ambiental, genera recursos paisajísticos y además permite y soporta otros estilos de vida «slow». Es un territorio que parece dibujado por los principios de la segunda modernidad (Beck, Giddens, LASH, 1994). Altas densidades se asocian rápidamente con el crecimiento económico. Sin embargo, en el caso de España el mal del despoblamiento no está en el ámbito de la producción, sino en el de la reproducción.

5 LOS DESEQUILIBRIOS DEL DESPOBLAMIENTO

En otro lugar (Camarero *et al.*, 2009) hemos señalado que el problema es ante todo el desequilibrio que produce el despoblamiento: faltan jóvenes, crece el número de ancianos, hay masculinización rural y una desproporcionada relación entre las generaciones de habitantes rurales.

No solo producimos, no solo trabajamos, buena parte de nuestra vida es cuidar y ser cuidados. El problema no es de número, sino de equilibrio generacional y (también de género). Ser muchos o ser pocos no es el dilema, la clave está en que exista soporte generacional suficiente, de forma que no se rompan y se mantengan las cadenas de cuidados.

Este es el problema real de las áreas rurales, la *espada de Damocles* es el equilibrio generacional. El envejecimiento rural es visible y sus causas evidentes. En buena parte del interior peninsular más de la tercera parte de sus habitantes supera los 70 años. No solo hay muchos ancianos, sino que el grupo de edad intermedia, ese grupo que hemos llamado generación soporte, duplica y centuplica los esfuerzos de cuidados en un contexto de menor presencia de servicios y mayor alejamiento de equipamientos.

¿Por qué hay desequilibrios entre generaciones y géneros? Desde mi punto de vista esta es la cuestión en mayúsculas, es la cuestión principal que debe orientar las políticas y acciones frente al despoblamiento. El éxodo rural resulta selectivo. Se van, sobre todo se han ido, las jóvenes más aún que los jóvenes (Camarero y Sampedro, 2008). Por ello nos encontramos con el paisaje de los solterones y las caravanas de mujeres.



Rápidamente podríamos pensar: Claro, los rurales son personas más brutas y también más machistas. Pensar así es fácil pero no por ello de esta forma se encuentra la razón. No, no es esa la clave. Lamentablemente el patriarcado es universal y, desgraciadamente, hasta nuestros días atemporal. Que sepamos, por regla general, en todo momento y en todo lugar actúa el principio de primero el hombre y luego la mujer, y no solo para las zonas rurales, sino también para las urbanas, no solo para los campesinos, también para los abogados urbanos o para los futbolistas galácticos.

La cuestión, los desequilibrios demográficos de género, tienen que ver en cómo las áreas rurales amplifican las desigualdades sociales. Resulta más difícil ser mujer en los pueblos que en las ciudades. Una razón importante es que el medio rural tiene mercados de trabajo muy restrictivos. Es decir, hay poca diversidad de ocupaciones y faltan especialmente trabajos que permitan la promoción profesional y el desarrollo de trayectorias vitales propias. Por regla general las mejores oportunidades laborales aparecen fuera de la localidad. Como señalé anteriormente la movilidad es un recurso básico en la articulación de estrategias de subsistencia económica. La posibilidad de desplazarse, de ir y de volver a diario, permite vivir en el campo y trabajar en la ciudad. Esta simple acción —moverse— resulta sencilla para los hombres, pero no tanto para las mujeres, para quienes su inserción más intensa en las cadenas de cuidados de niños y dependientes complejiza los ritmos de dicha movilidad. Las áreas urbanas ofrecen otras condiciones; menores necesidades de movilidad así como mayor densidad de sistemas y accesibilidad en las tareas de colaboración en cuidados. A ello hay que añadir la existencia de unos mercados de trabajo más dinámicos en términos de desarrollo del ciclo vital (Camarero, Cruz y Oliva, 2016).

La lección de la masculinización nos lleva a comprender las desigualdades de movilidad. Las áreas rurales están vivas porque sus habitantes pueden moverse, pero debemos tener presente que castigan a quienes tienen dificultades para ello. No olvidemos además que hoy la movilidad ha quedado reducida casi en su totalidad al vehículo privado, y que buena parte de la población rural, por edad, tiene dificultades para hacerlo o no tiene licencia de conducir.

6 **PERO... ¿VIENE ALGUIEN?**

Unos se quedan pero también otros vienen. Llegan nuevos residentes a las áreas rurales. De hecho hasta la implosiva crisis de 2007 había más entradas que salidas en muchas áreas rurales (Sampedro y Camarero, 2016). No

obstante, en muchos lugares, aunque llegue nueva población, esta es insuficiente para compensar el abultado número de fallecimientos de una población envejecida, así como el bajo número de nacimientos de una población con una generación genésica reducida. Quienes han estado llegando durante estos años son personas de todo tipo: retornados que se jubilan y vuelven al pueblo del que emigraron, segundos residentes que adquirieron una propiedad y en la medida en que reducen sus ocupaciones acaban residiendo cada vez más tiempo en el pueblo, jubilados del norte de Europa, neorrurales, estos últimos contados de uno en uno y mediáticamente celebrada su llegada, cuando son emprendedores o, por el contrario descontentos cuando sus proyectos de vida resultaban alejados de lo idealmente esperable, como el caso de ciertas comunidades terapéuticas. Sin embargo, en conjunto de todos ellos quienes más han llegado han sido extranjeros, coloquialmente designados como inmigrantes. Rumanos, búlgaros, marroquíes, ecuatorianos y colombianos dominan las cifras en número, pero también podemos encontrar otras muchas realidades, como comarcas con fuerte presencia de pakistanís en el interior del León y también del Teruel minero. En número los inmigrantes han sido muchos, aunque sean invisibles dentro de la preocupación por la despoblación.

Los inmigrantes han llegado y han venido por lo general en grupos familiares —rumanos y búlgaros—, o bien han ido reagrupando —marroquíes— a los miembros de la familia que quedaron en origen en la medida en que han ido estableciéndose (Sampedro y Camarero, 2016). El peso que han tenido los inmigrantes en algunas comarcas del interior ha dejado los primeros «brotes verdes» en el ciclo de despoblamiento, en la medida en que con ellos ha aumentado la natalidad y hasta han permitido el mantenimiento de centros educativos amenazados de cierre.

Sin embargo, en líneas generales, hemos observado que la crisis financiera de 2007 ha terminado conduciendo a estos grupos de nuevos pobladores hacia las ciudades. El análisis que estamos haciendo apunta a que, aunque la salida ha sido importante, se han reforzado los perfiles familiares. Es decir, se han quedado más quienes tienen un anclaje familiar y han salido más sobre todo el grupo de hombres solteros o quienes no han conseguido reagrupar a la familia. Es pronto aún para observar cuál será el comportamiento de estos nuevos grupos familiares, y surgen varias dudas sobre su permanencia dependiendo del mantenimiento o cierre de centros educativos en el ámbito del bachillerato, y también respecto a las oportunidades de desarrollo profesional de las mujeres. Si hablábamos antes de mercados de trabajo restrictivos debemos apuntar que las oportunidades laborales se hacen aún más reducidas para las mujeres inmigrantes.



7 IDEAS PARA UN DEBATE

Después de este recorrido pueden destilarse varias ideas para contextualizar la cuestión. Lo anterior cabe resumirse primero en la conformación de una ruralidad híbrida: la movilidad nos muestra que somos, como en el ejemplo del gato de Schrödinger, rurales y urbanos a la vez. Hoy no solo podemos hablar de urbanización del campo y de aproximación de condiciones de vida, sino también podemos destacar el interés creciente y la gran demanda de «vida rural». Asistimos a destellos de ruralización urbana, como reflejan la expansión de huertos urbanos y la búsqueda de consumos alimentarios de proximidad, entre otras tendencias que buscan construir entornos urbanos en los que desaparecen los coches —símbolo de la urbanización— y se recupera la movilidad peatonal y ciclista.

Y, segundo, por la cuestión acerca del precio que, en términos sociales, tiene nuestro modelo de desarrollo, amparado en el hábitat de baja densidad. ¿Cómo debemos afrontar esta situación? En general la baja densidad resulta muy ventajosa, especialmente en términos de calidad y mantenimiento ambiental, elementos que contribuyen y garantizan mejores condiciones de vida. ¿Acaso es compatible la dehesa con grandes urbanizaciones?

Sin embargo, la baja densidad ofrece desventajas relevantes en términos sociales que pueden afectar a la cohesión social. Es evidente que las áreas rurales se encuentran en desventaja debido a su lejanía de los centros de organización, y en dichas áreas muchas actividades cotidianas exigen un esfuerzo mayor, así como un sobre coste en términos de movilidad y tiempo. Además, como hemos señalado anteriormente, los desequilibrios demográficos alcanzan tal intensidad en los núcleos rurales que contribuyen a alterar las oportunidades y las condiciones de vida. Probablemente se viva mejor en los pueblos, pero sus habitantes soportan costes mayores a pesar de hacer una fuerte contribución a la calidad de vida general. Se adquiere una posición de desigualdad por residir en áreas rurales.

¿Cómo actuar? El reconocimiento de las fuentes de desigualdad no es tarea fácil. Idénticos diagnósticos suelen llevar a propuestas radicalmente distintas, todo depende de qué brazo de la balanza queramos mover para conseguir el equilibrio. En el caso de España parte de la orientación del problema viene por la sensación de gasto disperso que afrontan los pequeños municipios. El principio de la economía de escala parece planear sobre el debate de la despoblación, incluso dirigirlo.

Por ejemplo, desde algunas instituciones se ha dicho, sin que queden claras las metodologías utilizadas para llegar a dicha cifra, que los municipios de

menos de 1.000 habitantes están en peligro de extinción. Hablan, incluso, de punto de no retorno. El número 1.000 es un artificio, un umbral psicológico.

Así, resulta preocupante que el Informe Población y Despoblación en España⁽⁷⁾, realizado por la Federación de Municipios y Provincias (Comisión de Despoblación, Enero 2017) tenga como subtítulo en la propia portada: «El 50% de los municipios españoles, en riesgo de extinción» (sic). No parece apropiado que se utilice un recurso periodístico para titular un informe que debe orientar una política delicada. El informe se limita a realizar una simple estimación lineal de tendencia, sin introducir ninguna hipótesis, por ejemplo sobre tendencias migratorias, o posibles escenarios, una vez terminada la crisis económica, y sobre el desarrollo de nuevas fuentes económicas ambientales, turísticas o de la potencialidad de la generación de territorios inteligentes.

La siempre anunciada (auto)extinción de municipios solo puede producir un miedo relativo, lejos del terror que se quiere transmitir. Recordemos que en el caso del «despoblamiento cero», si como les decía, la población se repartiera homogéneamente por todo el territorio, tampoco tendríamos municipios de gran tamaño —el 5.000 sería nuestra cifra—. España está hecha de baja densidad, es parte de su esencia.

Tabla 1. Datos de evolución de los municipios menores de 2.000 habitantes

AÑO	MUNICIPIOS		POBLACIÓN		TAMAÑO MEDIO
	N.º	%	N.º	%	
1900	7.215	77,9	5.125.333	27,5	710
1950	6.740	73,1	4.707.712	16,7	698
2001	5.941	73,3	2.997.457	7,3	504
2017	5.869	72,2	2.745.803	5,9	468

Fuente: Censos de Población. INE.

Las cifras de población absolutas no hablan por sí de su valor óptimo. Para determinar umbrales de tamaño hay, primero, que construir una escala. La comparación resulta necesaria. Como muestra la tabla 1 en 1900 la cuarta parte de la población vivía en municipios menores de 2.000 habitantes. Estos eran el 78% de todos los municipios. Hoy los municipios menores de 2.000 residentes son el 72,2%. En 1900 nadie hubiera dicho que los municipios pequeños no tenían futuro, y si lo hubiera dicho se hubiera equivocado. Recordemos que

(7) http://femp.femp.es/files/566-2117-archivo/20170125%20informe_despoblacion.pdf



Fermín Caballero (1864) quería hacer más pueblos pequeños. Lo que no había entonces eran grandes áreas metropolitanas (Madrid y Barcelona, a la par, superaban por muy poco el medio millón de personas).

Entonces mil habitantes era un tamaño que no estaba mal y ahora resulta extremadamente pequeño. Pero, claro, ahora parece pequeño porque hay también aglomeraciones y conurbaciones que, por otra parte, resultan necesarias para mantener un gran territorio —*hinterland*— rural.

La cuestión es que situar un umbral como 1.000 habitantes desliza el debate hacia soluciones administrativas para la despoblación. El distrito demográfico se alza como sustituto del municipio, y el término «zona demográfica», aparece como antesala de la agrupación o la fusión, en la aplicación centralizada y uniforme de servicios —de dudosa implementación en ciertos ámbitos— para territorios dispares. Por ejemplo, en el ámbito cultural. Se clama a la racionalización económica, pero su lógica plantea el recurso a cirugías de primer grado y al uso de «tijeras territoriales».

La uniformización puede tener criterios de racionalización, pero genera muchas otras dudas y problemas que pudieran modificar sustantivamente nuestra estructura territorial. Insisto, España es un país cuyo modelo de desarrollo y calidad de vida tiene un pilar hercúleo en su baja densidad. El sistema de poblamiento, de pequeños pueblos, no es nuevo, es tradicional. De esta forma se ha ido moldeando y controlado un vasto sistema socioterritorial. No es solo una forma de distribución demográfica, ni un capricho residencial, sino que es una forma participativa y local de gobernanza del territorio. Los pequeños municipios —sus ayuntamientos— garantizan que exista población con capacidad de decisión (política) en entornos locales repartida por todo el territorio. Este es un valor grande, enorme, que no puede pasar desapercibido. La gestión patrimonial, local, las formas participativas y los comunales —estos últimos extintos en el resto de Europa— constituyen una fortaleza de este sistema de hábitat. La gestión ambiental y territorial permite aún hoy formas de vida y subsistencia en algunas de las más remotas áreas rurales. Sistema que deberíamos potenciar y poner en valor, también en el contexto de la Unión Europea.

La despoblación es un problema de equilibrio. Quienes se empeñan en que crezcan demográficamente las áreas rurales no conseguirán sino resultados parciales. Las áreas rurales nunca crecerán lo suficiente para alcanzar los criterios de racionalidad para la prestación de servicios —y además estos, como la zanahoria atada a un palo, pueden moverse—.

Habrà entonces quien admita que, si no va a haber crecimiento, haya por ello que disponerse a aplicar la sutura de la reagrupación de municipios. Creo que también se equivoca. Este remedio podría suponer el acta de defunción

definitiva de los núcleos rurales. Si estos pierden su autonomía y capacidad para gestionar el territorio en su diversidad, y únicamente quedan reducidos a ser un lugar residencial satélite sometido a carencias, entonces la vida rural será inviable. El problema no puede plantearse en cuanto a la forma óptima de cómo distribuirnos o concentrarnos en pueblos con condiciones de gestión estandarizada, sino en cómo conciliar un modelo de baja densidad con el mantenimiento de la capacidad política hasta niveles locales. En este sentido debería revisarse profundamente la *Ley 27/2013, de 27 de diciembre, de racionalización y sostenibilidad de la Administración Local*.

El gran problema, como señalé antes, es de equilibrio generacional. Abordar esta cuestión exige más trabajo. Por una parte tenemos que cambiar nuestro foco desde el desarrollo económico a la comprensión de la economía de cuidados.

Y, por otra, debemos comprender que los costes que tiene nuestro modelo de asentamiento de baja densidad no son necesariamente proporcionales al peso demográfico. Tal vez, de la misma manera que se plantean cuestiones como la insularidad, podrían contemplarse otros elementos en el ámbito legislativo como la ruralidad. Buena parte de estas medidas, que podrían generar un marco de «discriminación positiva» para las áreas rurales, quedan apuntadas en el documento de propuestas que realiza la FEMP⁽⁸⁾. Probablemente en las áreas rurales los déficits de servicios públicos tienen que ser necesariamente mayores. Pero también pueden y deben potenciarse servicios de calidad en estos lugares.

El éxito de Castilla y León en el informe PISA ha sido atribuido al mantenimiento de escuelas rurales⁽⁹⁾. Se pueden plantear iniciativas de atracción de talento, mediante espacios *co-working*, o de creación artística, así como potenciar el desarrollo de territorios inteligentes. En este planteamiento el efecto que puede tener el vehículo autónomo para las zonas rurales con grandes problemas de desigualdad en el acceso a la movilidad, los drones para mejorar la distribución de productos como pueden ser medicamentos, o las impresoras 3D para procurar mantenimientos más ágiles de infraestructuras pueden reducir bastantes dificultades de la vida rural.

Olvidemos de momento la cirugía territorial y busquemos otras terapias menos invasivas con la autonomía de los ayuntamientos. Por ejemplo, unas buenas vitaminas de wi-fi. Los habitantes rurales, especialmente los alcaldes

(8) «Listado de medidas para luchar contra la despoblación en España». Documento de Acción-Comisión Despoblación FEMP/Abril de 2017. <http://femp.femp.es/files/566-2153-archivo/DOCUMENTO%20DE%20ACCIÓN%20Comision%20de%20Despoblacion%209-05-17.pdf>

(9) Véase por ejemplo la crónica de El País del 8 de diciembre de 2016, firmada por Pilar Álvarez y titulada: *Informe PISA: Los profesores y la escuela rural, claves del éxito de Castilla y León*.

https://politica.elpais.com/politica/2016/12/07/actualidad/1481143115_972547.html



rurales, cuando son preguntados por las posibilidades de arraigo de la población señalan en un lugar preferente la importancia y las ventajas de la conectividad —sienten y padecen su exclusión de la sociedad de la información—.

La apuesta tecnológica puede reducir la desigualdades territoriales, pero siempre que seamos capaces de hacerla accesible y de priorizar, como cuestiones básicas, las referidas las condiciones de reproducción y a la consecución de equilibrios generacionales.

Ellos, así nos lo cuentan cuando claman de forma emotiva por el mantenimiento de la educación escolar. Narran cómo el cierre de los centros de enseñanza media supone no solo el extrañamiento de los adolescentes durante la semana en internados, sino, en definitiva, el desplazamiento de familias enteras hacia el entorno de los centros educativos. ¿Podemos pedir a los recién llegados que despidan los domingos a sus hijos y los vuelvan a ver el viernes por la noche? Encontramos habitantes rurales que prefieren cambiar de trabajo, o hacer *commuter* inverso antes que encontrarse en situaciones de familia translocal o ser una familia de fin de semana. Los inmigrantes recién asentados y con reagrupación familiar en proceso muestran estos mismos miedos. Otra cuestión que aparece destacada cuando hablamos del arraigo resulta paradójica: muchos pequeños pueblos despoblados no pueden recibir nuevos habitantes porque no hay vivienda en alquiler o la disponible no reúne condiciones, por deterioro, o por falta de adaptación funcional como espacios domésticos.

En definitiva, solo si comprendemos que el medio rural, ese territorio de baja densidad, es central para el funcionamiento de sociedades complejas como la española. Solo si entendemos que es un inmenso espacio de libertad y de oportunidades para el desarrollo de otras formas de vida, tal vez utópicas y minoritarias, pero sustanciales y centrales en el mantenimiento de la diversidad, motor de nuestro modelo social. Solo entonces estaremos en disposición de recorrer el sendero de la despoblación y afrontar «nuestros (finiseculares) problemas».

8 BIBLIOGRAFÍA

- BAUMAN, Z. (2006): *Vida Líquida*. Barcelona: Paidós.
- BECK, U.; GIDDENS, A. y LASH, S. (1994): *Reflexive Modernization. Politics, Tradition and Aesthetics in the Modern Social Order*. Cambridge: Polity Press.
- BELO MOREIRA, M. (2011): «Changes in Food Chains in the Context of Globalization». *Int. J. J. of Soc. of Agr. & Food*, vol. 18, n.º 2, pp. 134-148.
- BONANNO, A. (et al.) (eds.) (1994): «From Columbus to ConAgra: the Globalization of Agriculture and Food. Lawrence, KS: Kansas State University Press, pp. 251-264.

- CABALLERO, F. (1864): *Fomento de la población rural*, Madrid, 1864 (3.ª edición).
- CAMARERO, L. (et al.) (2009): *La Población Rural en España. De los desequilibrios a la sostenibilidad social*. Barcelona: La Caixa.
- CAMARERO, L. (2014): «Familia, Hogares y Agricultura». En: *Agricultura Familiar en España*. Anuario UPA 2014. Madrid: Fundación de Estudios Rurales. pp. 76-86.
- CAMARERO, L.; CRUZ, F. y OLIVA, J. (2016): «Rural sustainability, inter-generational support and mobility». *European Urban and Regional Studies*, 23 (4) 734-749. DOI: 10.1177/0969776414539338.
- CAMARERO, L. (2017): «Trabajadores del campo y familias de la tierra. Instantáneas de la desagrarización». *AGER. Revista de Estudios de Despoblación*. DOI: 10.4422/ager.2017.01.
- CAMARERO, L. y OLIVA, J. (2016a): «Understanding Rural Change: Mobilities, Diversities and Hybridizations». *Sociální studia/Social Studies*, 13(2): pp. 93-112.
- (2016b): «Mobility and household forms as adaptive strategies of rural populations». *Portuguese Journal of Social Science* 15(3): pp. 349-366.
- CAMARERO, L. y SAMPEDRO R. (2008): «Por qué se van las mujeres? El continuum de movilidad como hipótesis explicativa de la masculinización rural». En: *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, n.º 124, pp. 73-105.
- CASTRO, C. de; GADEA, E. y PEDREÑO, A. (2014): «Inmigración, crisis del Sur de Europa y sostenibilidad social de las estrategias de desarrollo. El caso de los enclaves productivos de agricultura intensiva», *Revista Trabajo*, 11, pp. 87-111.
- DATAR (1981): *La France rurale. Images et perspectives*. París: La documentation française.
- DEL MOLINO, S. (2016): *La España Vacía. Viaje por un país que nunca fue*. Madrid: Turner.
- MATÉ, V. (2016): «La supresión de cuotas lácteas deslocaliza la producción», *El País*, 7 de febrero de 2016.
- SAMPEDRO, R. y CAMARERO, L. (2016): «Inmigrantes, estrategias familiares y arraigo: Las lecciones de las crisis en las áreas rurales». *Migraciones*, n.º 40, pp. 3-31. DOI: mig.i40y2016.008.
- TREMLET, G. (2007): *España antes sus fantasmas: Un recorrido por un país en transición*. Madrid: Siglo XXI.
- VICENTE-MAZARIEGOS, J. (1991): «Presentación. Las trayectorias de la ruralidad e la sociedad itinerante». *Política y Sociedad*, n.º 8, pp. 3-7.
- WILLIAMS, A. M. (2009): «International Migration, Uneven Regional Development and Polarization.» *European Urban and Regional Studies*, 16(3), pp. 309-322.
- WIRTH, L. (1938): «Urbanism as way of life». *American Journal of Sociology*, vol. n.º 44, p. 493.

